

 **BUEN HUMOR** 



Barbero 21

En el teatro.

EL.—¡Qué escándalo! ¡Tú sabes lo que me han costado las entradas!

ELLA.—(Pensando en la modista.) ¡Pues lo que no sabes tú es lo que te va a costar esta salida!

Ayuntamiento de Madrid

Dib. de BARBERO.





El
Jabon
Flores del Campo

ES EL MÁS PERFUMADO, Y DE PASTA MÁS UNTUOSA Y
DETERGENTE DE TODOS LOS JABONES DE TOCADOR

— CREACIÓN DE FLORALIA. — MADRID —

Ayuntamiento de Madrid

ZERO



COLONIA
JABON Y LOCIONES

CARMEN

PERFUMES GUIDOR

PARIS

BARCELONA



AMABILIDAD

— Tu crónica de hoy, querido compañero, me la he leído dos veces...

— ¡Muchas gracias, hombre!

— ... para ver si la entendía.

(De EDUARDO FARIA, en ABC a Rir. — Lisboa.)

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Empezará el primero de mes

Madrid: { Trimestre (13 números). 5,20 pts.
Semestre (26 —). 10,40 —
Año (52 —). 20 —

Provincias: { Trimestre (13 números). 6,50 —
Semestre (26 —). 13 —

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ANGEL, 5
MADRID

AGUA DE COLONIA CONCENTRADA

Sus condiciones higiénicas, su perfume fino, elegante y permanente, hacen sea la predilecta en los tocadores de buen gusto.

ÁLVAREZ GÓMEZ.—SEVILLA, 2

(ESQUINA A ARLABÁN)

Alesanco

CARRETAS, 6

MEDIAS DE SEDA

:-: GUANTES :-:

BOLSOS - PAÑUELOS

ARTÍCULOS PARA CABALLEROS

Alesanco

CARRETAS, 6

**CREMA
REINA
VICTORIA**

LO MEJOR PARA EL
CUTIS

PÍDASE
EN PERFUMERÍAS



HOTEL DE VENTAS

ATOCHA, 34

MUEBLES DE TODAS CLASES

MUEBLES PARA OFICINAS Y
DE ARTE ANTIGUO ESPAÑOL

MADRID

LO QUE ESTÁ DE DIOS..., O LA VÍCTIMA MODESTA

I



ELEBRÁBASE en Valdeporretas la tradicional feria de ganados, y a ella, como todos los años, asistía don Modesto Salvilla, que, haciendo honor a su nombre, era la modestia personificada.

Antes hubiera faltado la yema en los huevos y la seriedad en los responsos que la presencia de don Modesto en el ferial de Valdeporretas. En el que se celebró hace seis años, pululando por el peaje nuestro pobre amigo, se le acercó una gitana de las más desharrapadas y atrevidas.

— ¿Te la digo, resalao? ¿Te la digo, patitas de bailaor?... Dame una perra pa mis churumbes y sabrás de seguía too lo que te va a pasá — dijo la gitana a don Modesto.

Éste, sin vacilar, presentó la mano derecha, y así le habló la repugnante mujer:

— Tú no vas a mori de muerte naturá. No te digo si será mañana o dentro de cien años; pero tienes grabao en esta parma que en arguna de tus andanzas po er mundo, la vas a diñá partío por medio.

No dejó de hacer mella este pronóstico en el espíritu de don Modesto; y retirando la mano y poniendo después en la de la gitana unas monedas, no quiso saber más y dió por terminada aquella buenaventura, que nada tenía de buena ni de venturosa.

II

La explotación de dos artículos tan heterogéneos como lo son las carracas y las vinagreras, obligó a don Modesto, muy contra su gusto, a realizar un

viaje a diferentes puntos de la América del Sur.

Con más miedo que vergüenza, cargado con sendos muestrarios de vinagreras y de carracas, y más cargado aún de tener que navegar, él, que no solía lavarse más que con una toalla seca, embarcó cierto día de febrero en el vapor *San Homobono* con rumbo a la Argentina y con el propósito de buscarse unas pesetas colocando sus importantes artículos en aquellas latitudes con la misma facilidad, por lo menos, con que los había colocado en Torrejón de Ardoz y en Colmenar de Oreja.

Seis días llevaba de feliz navegación el espléndido *San Homobono*, abarrotado de

pasajeros, cuando un inesperado acontecimiento vino a turbar su calma y a sembrar el pánico entre la gente de a bordo.

Unos dicen que por cuestión de subsistencias, otros que por un quítame allá esas pajas (también cosa de alimentación), riñeron el capitán y el recontramaestre del barco, y al dar aquél a éste una patada en la popa, lo hizo con tal fuerza, que la nave se inclinó bruscamente de aquel lado y fué inevitable la catástrofe marítima: *San Homobono* se mojó la popa más de la cuenta, y la embarcación, con todos sus habitantes, carracas y vinagreras inclusive, fueron a parar a las revueltas aguas del anchuroso mar, sin que del pasaje y la tripulación

podiera salvarse ni una rata. Solamente, cumpliendo un acuerdo milagroso del Altísimo, don Modesto Salvilla pudo escapar de la muerte abrazado a un madero que le permitió llegar a la lejana orilla sano y salvo.

III

No habrían pasado quince días, cuando el pobre Salvilla, repuesto apenas del susto y del remojón, pero sin dejar de la mano el negocio de las carracas y las vinagreras, tuvo que tomar el camino férreo que conduce desde la ciudad condal a la villa del oso. Pues bien: al llegar el tren a la estación de Calatorao, nuestro buen don Modesto sintió comezón de apearse del convoy (no sabemos si para tomar o para dejar algo), y, sin tener en cuenta la brevedad de la parada, corrió precipitado a posesionarse nuevamente de su asiento de segunda, con tan mala suerte, que, después de engancharse en la falleba del coche y recorrer dando tumbos tres kilómetros de vía, vino a dar con



Dib. SILENO. — Madrid.

su cuerpecito serrano en el santo suelo del camino, pasándole por encima siete vagones, que le partieron las extremidades como quien corta salchichón sobre una tabla.

Tres meses duró la curación del célebre Salvilla, quien, gracias a la pericia de un acreditado albéitar de Socuéllamos, primo suyo, que empleó con fortuna el sindetición para la pegadura de los miembros, pudo andar, aunque *romanonamente*, durante el resto de su aperreada vida.

IV

No parecía sino que la Divina Providencia se había propuesto amparar al comisionista de las carracas, sacándole con

bien de sus percances, contra los tristes augurios de la gitana de Valdeporretas; y por si el naufragio y el accidente ferroviario no habían sido suficientes pruebas de ello, pocos meses más tarde hubo de ocurrirle al desventurado señor de Salvilla un nuevo contratiempo.

Discurría nuestro don Modesto cierta mañanita de mayo por el paseo de Rosales, cuando, al cruzarlo de parte a parte, no quiso ser menos que nuestro hombre el automóvil del marqués de Casazurcidos, y le cruzó por encima del cuerpo en menos tiempo que se persigna un gato de Angora. El resultado fué que los acreditados riñones del infeliz quedaron de tal modo

prensados bajo las ruedas del coche, que cualquier cirujano que le hubiese reconocido hubiérale confundido los aplastados riñones con un par de lenguados al *gratin*.

Los gritos del despanzurrido transeúnte promovieron el revuelo consiguiente entre los concurrentes al paseo. Condujéronle entre un hombre rústico y un guardia urbano a la Casa de Socorro más próxima, donde le pusieron provisionalmente los riñones de un suicida en substitución de los propios, que ni como plantillas de zapatos podían prestar servicio; y ocho días después ya corría el modesto señor, colocando aquí y acullá carracas y vina-greras donde buenamente se terciaba.

Inútil es decir que el auto del marqués no pudo ser objeto de ninguno del Juzgado, porque, como es corriente en casos tales, perdióse de vista en cuanto el atropello se consumó.

V

Repuesto del último percance y rodeado de sus contertulios del café, a quienes, al par que inspiraba compasión tanto accidente sufrido por don Modesto, producía asombro su rara cualidad de conservador de la propia pelleja, decía el protagonista de los referidos sucesos:

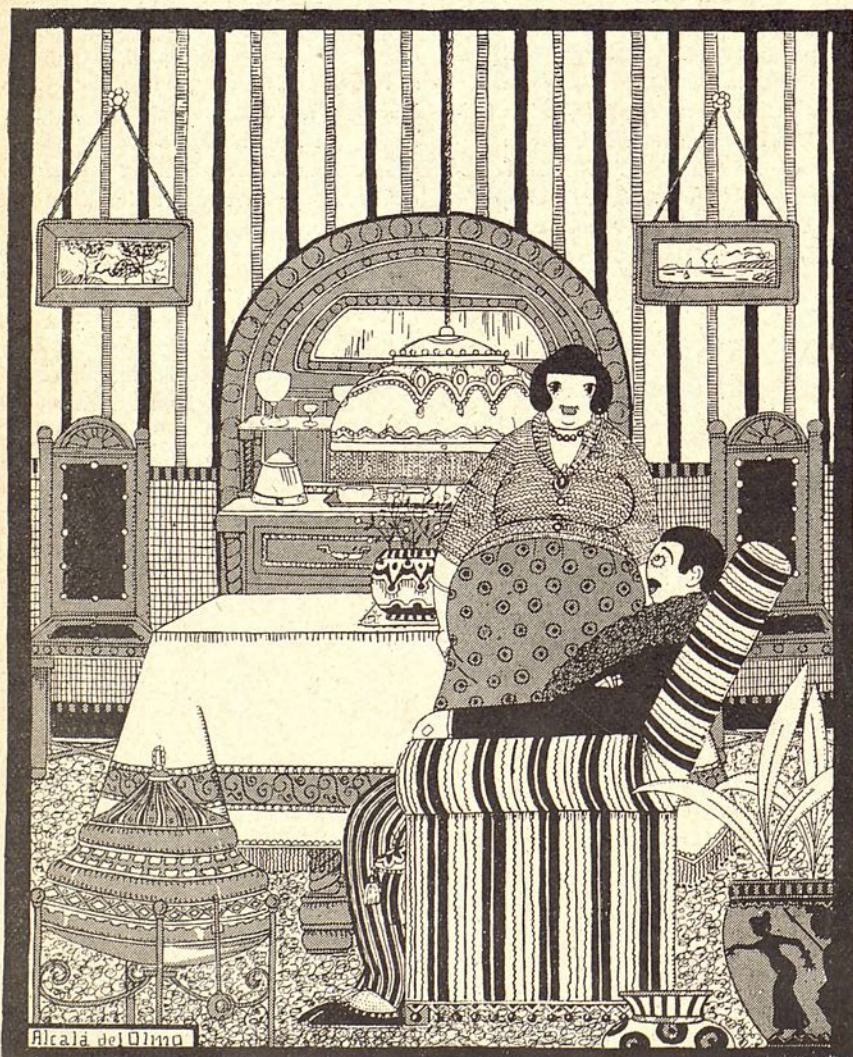
— ¡Valiente plancha se tiró la gitana de la feria pronosticándome una muerte artificial!... Ya ven ustedes, señores, que ni en el naufragio he perecido, ni me ha mutilado el tren, ni el auto me ha despanzurrido... ¡No hay quien pueda conmigo!

Apenas habrían transcurrido veinte minutos, cuando don Modesto se lanzó a la calle, y, al mismo tiempo que él, fué a cruzarla un afilador con su piedra redonda colocada sobre ruedas. Distraídos ambos, coincidieron en un punto sin poder evitarlo: el infeliz Salvilla cayó al suelo, y el pequeño artefacto del amolador le pasó por encima de la cabeza, de cuya caricia, que inundó de serrín el piso, falleció don Modesto a las pocas horas.

¿Tuvo razón la gitana? La tuvo, sin duda. Pero ¡de qué modo tan estúpido acabó sus días el pobre señor!... Verdad es que siempre fué hombre de muy modestas aspiraciones.

A otro le hubiese destrozado un surexpreso o acaso un 40 HP. A don Modesto, un insignificante amolador..., y gracias.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



Dib. ALCALÁ DEL OLMO. — Madrid.

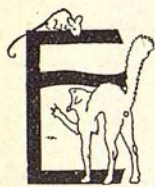
— Nena, acabo de telegrafiar para que no nos traigan el niño de París hasta nuevo aviso o hasta que rebajen las tarifas.



Dib. K-Hiro. —Madrid.

— Sí; estas sepulturas valen más, porque, como les da el sol todo el día, son, desde luego, las más sanas.

JACOBO TRECE



El padre de Jacobo tenía en alta estima su apellido numeral, y le consideraba el de más valor entre los de su clase; porque, lo que él decía:

— Apellidos de Diez y de Doce los habrán ustedes oído: Matilde Diez, Daniel Doce; pero a trece no han llegado más que los de mi familia.

Lo que nunca le satisfizo del todo fué que le pusieran en la pila el santo del día en que nació, que era Santo Domingo. Primero, porque a un *hombre serio* como él era no le cuadraba el nombre de Domingo, que es completamente *festivo*; y después, porque, al unirse a su apellido, resultaba *Domingo Trece*, que, más que una persona, parecía una hoja de almanaque de pared.

Convencido de que la aspiración natural de todo joven es hacerse un nombre, quiso que el primer hijo que tuviera se encontrara al nacer con un nombre hecho, y se dedicó a buscarlo en cuanto su señora estuvo en meses mayores; pero dió la casualidad de que el primer hijo que tuvieron fué hija.

La madre, devotísima de la Virgen del Carmen, deseaba poner este nombre a la niña; pero el padre se opuso terminantemente a eso, porque eso de *Carmen Trece* parecía las señas de un domicilio.

Al fin tuvieron un varón, y el padre se dedicó a buscar una bonita combinación de nombres y apellido. Estaba casi decidido a poner al chico *León*, para que resultara *León Trece*; pero un capellán castrense, sobrino suyo, le hizo comprender lo irrespetuoso y contraproducente de aquella combinación pontificia.

— Comprenda usted, tío — le decía —, que poner a una criatura de pecho el nombre de un papa, de un soberano o de una celebridad histórica, resulta ridículo.

Entonces se le ocurrió poner al niño Jacobo. *Jacobo Trece* parecía *Jacobo Trezo*, y, sin embargo, no lo era. Tenía toda la eufonía de un nombre ilustre, sin ninguno de sus inconvenientes.

Error funesto el de don Domingo: en cuanto el chico fué al Instituto, dieron en llamarle *Jacometrezo*, y algunos, por extensión, *Tudescos*, para hacerle rabiar.

Más tarde, el chico se convenció de que le tiraba el arte, y dejó el bachillerato. Fué unos años a la Academia, se dedicó a la pintura, y pasados sus primeros ensayos, hubo de enterarse de que no le llamaba Dios por ese camino.

Puso sus obras en los escaparates, y ni un alma se detenía a mirarlas; hizo exposiciones, y estuvieron desiertas. Los únicos que se fijaron en él fueron los críticos para darle varios disgustos. Un crítico filosófico le dijo que una obra de *Trece* tenía forzosamente que carecer de *unidad*, y otro, epigramático de suyo, y sobre todo de ajeno, le hizo observar que eran demasiados autores trece para un sólo mamarracho.

Renunció Jacobo al arte y se dedicó a las invenciones, hacia las que sentía gran inclinación; pero escrito está que

las cosas caen del lado que se inclinan, y en su nueva profesión se cayó también con todo el equipo.

Ideó un sistema para evitar la aglomeración de la gente en las plataformas de los tranvías. Por un mecanismo ingeniosísimo, a su parecer, en cuanto subía el último viajero, la plataforma se elevaba a una altura que impedía que subieran más. Pero para ensayar su proyecto se necesitaba dinero, y no encontró quien le diera la mano más que un manco, que acabó por darle un puntapié en vista de que a ninguna Empresa le convenía la invención.

Jacobo, que había heredado de su padre el amor a su apellido, quería darle celebridad a todo trance, e hizo verdaderas locuras; pero sin resultado: nadie le hacía caso.

Un día se dijo, en el colmo de la desesperación: «Mañana hablará de Trece toda la Prensa.» Y dicho y hecho: al siguiente día se subió al cobertizo de las paralelas en la Puerta del Sol, allí se puso en paños menores, verdaderamente exiguos, y comenzó a defender a gritos la gestión del Ayuntamiento.

La gente le dió una silba, los guardias le llevaron a la Casa de Socorro, donde le propinaron el amoníaco, y al llegar la noche Jacobo compró los periódicos. Todos, sin excepción, al relatar el caso, le citaban con iniciales. «Un curda o un loco — decían —, llamado J. T...»

Aquello era demasiado, y Jacobo se resolvió a contentarse con una notoriedad de ultratumba. Se encargó en casa de un marmolista una magnífica lápida que decía, en estilo de anuncio mercantil:

AQUÍ YACE
TRECE JACOBO TRECE

No equivocarse en el número.

Compró un nicho en una Sacramental, y se dirigió al cementerio con la lápida debajo del brazo, y al pie de su sepulcro se pegó un tiro; pero le salió el tiro por la culata, y en vez de darle en la sien, fué a dar en una regadera que había en la galería. Jacobo arrojó el arma con desprecio; hizo añicos la lápida contra el suelo, y juró no volverse a suicidar en toda su vida.

CARLOS LUIS DE CUENCA.



EN EL BAR

- Tu novio, ¿qué hace?
- Mi novio es de los Regulares.
- Pues el mio es de los francamente malos...

COSAS QUE PASAN

CONCURSO DE HISTORIETAS

I

*Una joven madrileña,
cuyo marido está en Méjico
desde hace dos o tres años,
ha dado a luz en Pozuelo.*

*Y un abogado muy chusco
que conoce este secreto,
dice que el niño ha nacido
in pártibus infidelium.*



*En el mitin de Porcuna,
según me telegrafiaron,
el orador Pepe Luna
habló con mucha fortuna.
(¡Como que no le pegaron!)*



*Las gentes que disfrutan de automóvil
no han podido explicarse todavía
que lleguen siempre tarde
las personas que toman el tranvía.*



*A Sofía cierto día
le declaré mi pasión
para ver si me quería,
y en cuanto me oyó Sofía,
es claro, me dió un sofión.*



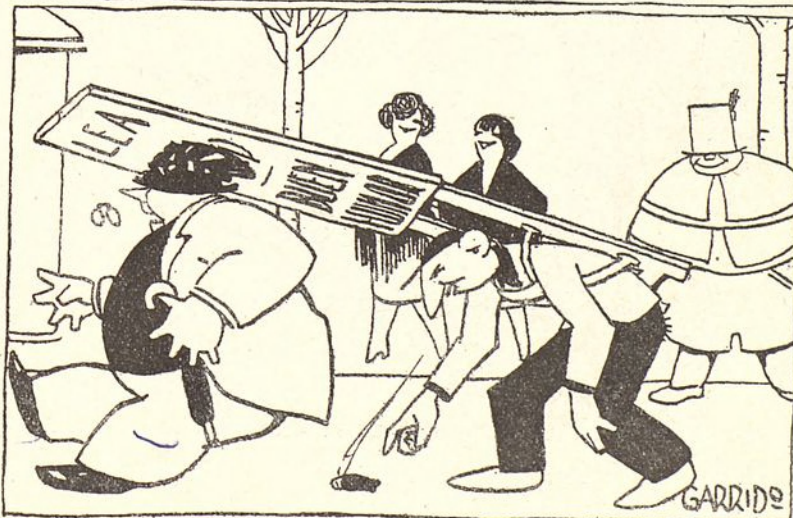
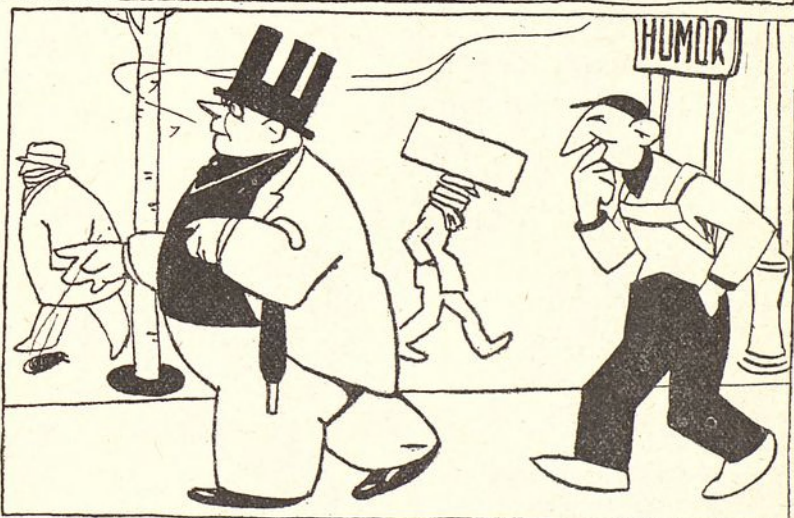
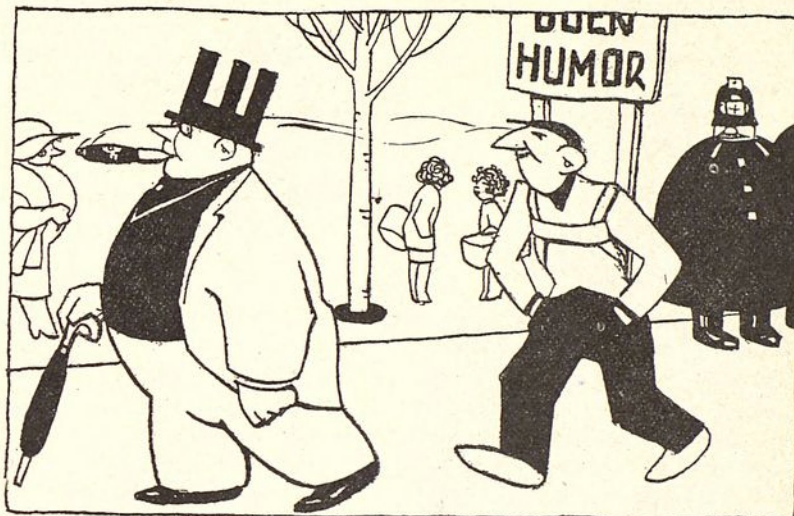
— ¡Ay, Juan, acércate..., mira
qué sombrero tan bonito!
¡Qué forma tan elegante!
¡Qué esprits lleva tan magníficos!
¡Qué primorosos! ¡Qué nuevo!
Es preciosísimo, chico.

— ¿Qué precio tiene?
— Quinientas.
— ¡Ya veo que es precio... sísimos!



*Son las oposiciones
que tengo que aprobar.
Don Miguel de Unamuno
preside el Tribunal.
Busco alguna influencia;
me sale bien el plan,
y me llevo la plaza
por unanimidad.*

RAMÓN LÓPEZ-MONTENEGRO.



EL PURO

Historieta muda, por GARRIDO.

LA BARAJA DEL AMOR

(EPISTOLARIO CÓMICOAMOROSO)

II



AMOR mío, es horrible lo que me pasa; no te lo puedes figurar. Ayer mi marido entró muy de prisa en el *water*, sin saber que estaba yo en él, y me sorprendió besando tu retrato. Se puso muy furioso, y me dijo: «¡Con un retrato en el retrete!... ¡Infame! ¿Ves lo que hago con la postal? Pues igual haré con el original.» ¡Qué animal!... Bueno; no quieras saber lo que hizo con la cartulina. Sólo te diré que tuve que tirar de la cadena dos veces.

Amor mío, por si esto fuera poco, esta mañana me llevó a casa de mi madre, y después de decirle a la pobre señora una

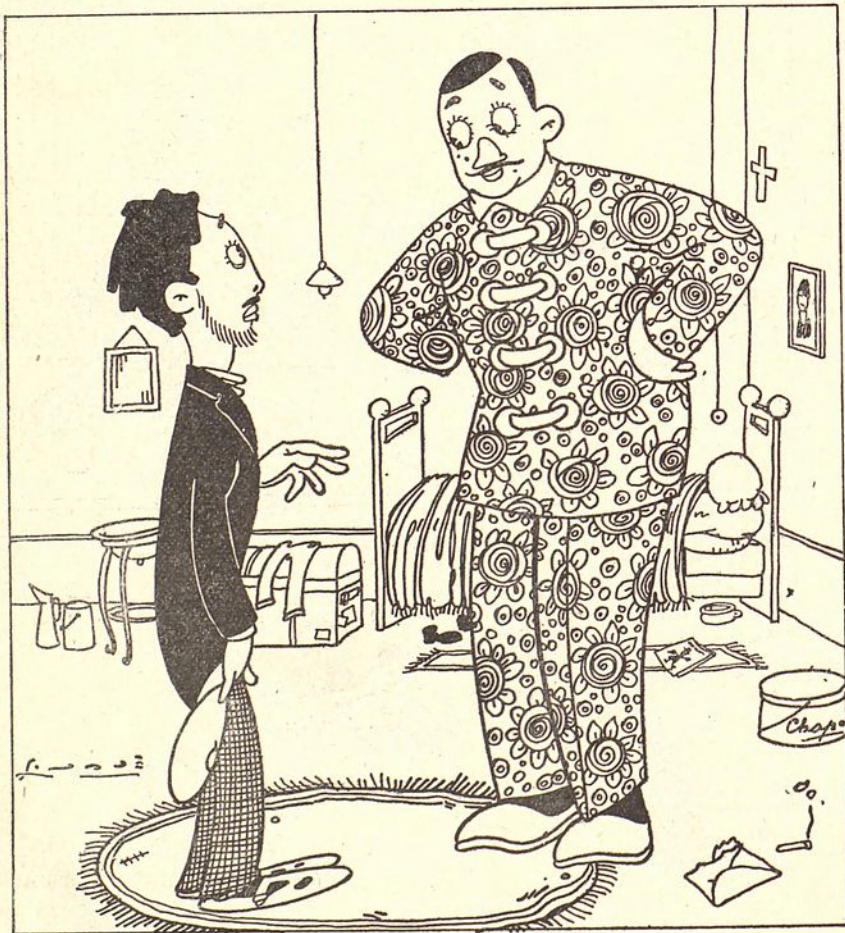
porción de groserías, se marchó para no volver.

¡Qué desgracia tan grande!... ¡Ya no te podré comprar nada!... ¡Lo que nos vamos a acordar de aquellos pollitos fríos rociados con manzanilla!... ¡Adiós, amor mío! Ya sabes que estoy en casa de mi madre. Escríbeme. Empeña el dije de mi marido para que no te lo vea. Es una medida de prudencia. Dan quince duros en el Monte. Si no te causa perjuicio, envíame cincuenta pesetas.

Ese ¡verdugo! me ha llevado a casa de mamáita con una falda de barro, una blusa y sus chinelas.

¡Adiós otra vez, amor mío! ¿Supongo que no me abandonarás ahora que es cuando te necesito? Tuya hasta la Necrópolis,

ADELAIDA.



— ¿Qué? ¿Te atendió el señor marqués?
— ¡Pchel!... Me puso en la puerta de la calle.
— ¡Hombre!...
— Sí; ¡me colocó de portero!...

Dib. LINAGE. — Madrid.

III

Mocejón de En Medio, a 4 de agosto de 1919.

Melanio: Recibí tu carta, por la que veo que estáis buenos. Yo, buena, a Dios gracias, pa lo que gustéis mandar. Esta es pa decirte que tu mujer se cayó de la burra ceniza, ya va pa un año, lo cual que no te lo quisimos escribir pa no darte un disgusto, y de resultas de aquella caída, has de saber que tienes un hijo más, y muy guapote, muy regordete... ¡Tíe tu misma cara!... ¡Vamos, que es puriquito a tí!...

El señor cura, que es un venao, no ha querido hacerle cristiano por el aquel de que tú faltas del pueblo poco más de un año, y nos ha dicho que no le echa el agua al crío sin tu consentimiento, a lo cual que le hemos contestao nosotros que tú serás consentidor.

Asín es que escríbele tú mismo al señor cura diciéndole qué nombre le pone al muchacho, que no es pasión de tía, pero está más rechonchillo y lustroso como si fuera talmente un verraco pequeño.

Que no dejes de escribir, pa evitar que las cotillas del pueblo murmuren; que has de saber que yo no creo en las brujas; pero que las hay, no me cabe a mí duda, y si no, acuérdate de la tía Quica, y de la seña Juana, la del cevil, y de la seña Jeroma, la consumera, que no te puedes figurar lo que cretican en misa mayor y la rabia que nos tienen porque tú quieres a mi hermana.

Y na más por hoy que decirte que si recibes algún *anónimo* sin firma, que no hagas caso, que son malos quererer y envidias.

¡Adiós, Melanio! Muchos besos de tu mujer y de los chicos, que me preguntan toos los días por su padre, y recuerdos de la mujer de Galo, el del correo, y na más que desear que mandes cuanto antes algún dinero de lo mucho que ganas en la corte, que ya sabemos que eres vigilante de los suterráneos, con seis pesetas y manos sucias. Se despide de ti tu cuñada que te quiere y verte pronto desea,

REGINA.

Posdata. — Muchos recuerdos de Pepe el sacristán, que me dice que te diga que quiere ser padrino del chico, porque ya sabes que quiere a vuestros hijos como a hijos suyos. Y además, me se olvidaba de decirte que tenemos ganas de verte por aquí, pues no comprendemos cómo pues estar sin vernos en más de trece meses, por lo que toos pensamos que eres un descastao. — *Vale.*

Por las tijeras y la goma,
que no saben firmar,

ÁNGEL TORRES DEL ALAMO.

ANTONIO ASENJO.



— Qué, ¿te gusta este armario?
— ¿No te parece pequeño para cuando metas a Eduardo?

Dib. TOVAR. — Madrid.

LAS COSAS DE LOS TEATROS

LA MUERTE DEL GÉNERO LÍRICO

El género lírico español, el de Oudrid, Chueca, Chapí, Barbieri, Caballero, Calleja y otros tantos, está a la muerte, como aquel que dice. Los más optimistas creen que la cosa no pasará de este año que empieza. Es un dolor, realmente.

Vila, el empresario de Apolo, y los señores que están al

cuidado del enfermo en la Zarzuela, se muestran desesperanzados del todo, y han acudido a la Sociedad de Autores solicitando, poco más o menos, que se les exima del pago de derechos de representación: una cosa así como la familia del agonizante que no satisface sus cuentas pretextando los atrasos que le supone una larga enfermedad.

Y parece que Vila ha manifestado su propósito de cerrar en este mes si no se accede a su solicitud: lo que equivale a la clausura de la *Catedral* por ausencia de fieles.

Todo ello, como verá el lector, confirma la lamentable nueva de la desaparición del género lírico.

Y mucho más, si sucede lo que se anuncia.

La Sociedad de Autores, en el caso de que Vila cumpla su amenaza del *cerrojazo*, se propone explotar el negocio por su cuenta. Para lo cual elaboran los principales ingenios una obra grandiosa, en la que habrá de todo: cuadros y música de Luna, de Millán, de Arniches, de Muñoz Seca, de García Alvaréz, de los Quintero, etc., etc.

Lo que quiere decir que si individualmente todos ellos contribuyeron en la medida de sus fuerzas a que el género lírico desapareciese, unidos y en colaboración, el infortunado género morirá de una vez.

Las cosas, si han de pasar, que sean rápidas.

¿QUIÉN VA A CERVANTES?

Si hemos de ser sinceros, a Cervantes no va un alma. Verdad es que a los otros teatros tampoco acude mucha gente: parece que hay una apuesta entre los asiduos a los coliseos madrileños, para ver quién sale menos de su casa por la noche.

Pero en donde el fenómeno tiene mayor repercusión es en el teatro de la Corredera; de tal forma, que Peña va a irse de un día a otro, cansado de hacer gracias para los escasos espectadores que llevan vale de favor y para los empleados de la empresa.

Y aquí de la pregunta nuestra: Cuando se marche Peña, ¿qué compañía le substituirá? Vilches, Ozores y su linda esposa, Luisa Puchol, Paco Fuentes, todos éstos, a quienes se creía dispuestos a retirarse al desierto... de Cervantes, han renunciado a la ganga. ¿Quién irá, pues?

Nosotros, sin mostrarnos vanidosos de nuestro descubrimiento, vamos a adelantarse la noticia.

El que vaya a Cervantes será... ¡un suicida!

ESTRENOS

Cuando estas líneas vean la luz pública, si las empresas no mienten, se habrán verificado tres suculentos estrenos de otras tantas obras de primera magnitud: *Ebora*, de Eduardo Marquina;



Fernando Luque, Leocadia Alba, Carmen Jiménez, Simó Raso y Fernando Delgado, autor e intérpretes de *La Divina Dora*, estrenada en Lara.

Santa Isabel de Ceres, de Vidal y Planas, y una adaptación de *Gloria*, de Galdós.

Nosotros no podemos prejuzgar; pero ahí van unas noticias oficiosas de las tres comedias:

Un autor de la *Princesa* — ¡palabra de honor! — nos ha dicho que *Ebora* no gustará, porque en América la rechazaron todos los públicos.

De la adaptación de *Gloria*, nos aseguran que si Galdós viviese, iría a *patearla*. ¿Qué habrán hecho, Dios mío?

Con respecto a *Santa Isabel de Ceres*, las noticias son otras. A nosotros nos ha afirmado su propio autor que el público ruge de entusiasmo en las representaciones. ¡Y cuando un autor habla así días antes del estreno!...

Dice Vidal que la obra es una cosa de las que en el *argot* teatral se conocen por *obra de escándalo*. Y no creemos que el joven autor tenga gran interés en engañarse...

LÁZARO, EL GRAN TENOR

En el teatro Real ha debutado el tenor Hipólito Lázaro. Si hemos de merecer en lo sucesivo un poquitín de crédito, nos veremos forzados ahora a decir la verdad: el público no lo encuentra, no ya rival de Gayarre, sino de otros mucho peores. El singular Hipólito no era lo que se suponía.

Y es lo que dirá la empresa, en vista de lo sucedido:

— ¡Lázaro, levántate y anda!... ¡Anda a otro sitio, que aquí no gustas!...

José L. MAYRAL.



VARIAS NOTICIAS

Nos han dicho que a un poeta, cuyo nombre desconocemos y que fué a no sabemos cuál República americana con una compañía de artistas anónimos, le ha sucedido una cosa que ignoramos, y que saldrá de su encierro no podemos decir cuándo. ¿Se enteran ustedes?



Según leemos en un periódico se está construyendo un nuevo teatro en la plaza del Rey, frente al circo de Price y en el local donde estuvo instalado el Folies Bergères.

¿Qué se apuestan ustedes a que el teatro se inaugurará con una obra de Muñoz Seca? ¿Y a qué cierran al mes de la inauguración?



¿Ustedes no leen las *gacettillas* que las empresas envían a los periódicos? Hacen muy mal, porque a veces se pierden cosas geniales.

Vean ustedes una de muestra, del Rey Alfonso.

«Hemos esta vez actuado de profetas. Auguramos, cuando este teatro comenzó, sería el punto de reunión de la sociedad madrileña y lugar preferido por el público. No nos equivocamos.

»Los hechos han ratificado nuestros propósitos. Desde sus comienzos el teatro ha sido visitado por numeroso público; pero faltaba algo, y ese algo era la obra de éxito...»

Sigue la inefable prosa, y dice que la obra *Rata de hote* es «la comedia cumbre», y termina invocando al público «dueño y señor» para que juzgue la «verdad de su aserto».

Y el público, ni responde a la invocación, ni va al teatro: lo cual, si no es un aserto, es por lo menos un «aserto»...

EL SALTIMBANQUI



Hipólito Lázaro, célebre tenor español que ha debutado en el teatro Real.

(Caricaturas de SIRIO.)

INFORMACIÓN TELEGRÁFICA DE "BUEN HUMOR"

MUERTE DE UN ARTISTA EMINENTE. — Roma, 15, 6 tarde. — El famosísimo novelista italiano Giacomo de Viggilia ha fallecido en Trieste.

Tan triste noticia conmoverá seguramente a toda Europa, donde sus obras eran popularísimas por haberse traducido a todos los idiomas. Su obra genial, *La escarlata*, era conocida en todas las lenguas; y su *Historia de Fanny rubia* y *Mary morena* había sido últimamente traducida al ruso, al árabe y al extremeño.

El ilustre novelista contaba ochenta y dos años de edad.

La enfermedad que le ha llevado al sepulcro ha sido el sarampión. — Agencia Havas (contadas).

NUEVO MONUMENTO A COLÓN. — Habana, 15, 8 y tres cuartos noche. — En la populosa ciudad de Cacarájicara acaba de inaugurarse un nuevo monumento a Colón.

El obelisco, que es todo de granito, mide 160 pies bien calzados de altura, y ha costado un millón de pesos; porque hay que tener en cuenta que la piedra ha sido traída de España, pues en Cuba, a pesar del calor y de los insectos, no hay granitos.

Al acto de la inauguración asistieron las autoridades y una enorme muchedumbre, que aclamó al escultor, señor Pérez, y a España. Los vivas a España y los *Vivas Pérez* constituyeron la nota simpática de la ceremonia, y el cónsul español pronunció un elocuente discurso encaminado a destruir la leyenda de que Colón fuera un sabio apocado y tímido. Demostró con datos de la Historia que Colón era valiente, muy valiente; pues el hecho de que sobre una mesa, y para convencer a varios incrédulos, *pusiese un huevo*, no quiere decir que fuera *gallina*... El cónsul fué aplaudido con gran entusiasmo, y los asistentes al acto, dando pruebas de amor a España, se reunieron en fraternal banquete, en el que fué servido un delicadísimo cocido. Al final se sirvió el principio... (Este dislate debe de ser un error del telégrafo.) — Agencia Radio.

ACCIDENTE FERROVIARIO. — Getafe, 15, 1 madrugada. — Ayer chocaron en el kilómetro 7 de la línea directa de Madrid a Mula, y a la salida de la estación de Carabanchel Ancho, el correo ascendente número 606 y el mixto descendente número 14 duplicado.

El siniestro sorprendió sobremanera cuando fué conocido en Madrid, pues tratábase de dos trenes tan insignificantes y vulgares, que nadie creía que pudieran llegar a *chocar* en ninguna parte.

El accidente fué debido a la niebla, que hizo que el maquinista del correo no pudiera ver la luz del mixto; cosa que no nos extraña, porque *un mixto* en la niebla no puede dar ninguna luz exagerada.

Debemos hacer constar que el choque no tuvo las funestas consecuencias que se temieron en un principio, pues, a pesar de lo aparatoso del siniestro, no hubo víctimas.

Varios vagones quedaron hechos astillas. Un vagón se montó encima de una vagoneta, lo cual, después de todo, parece que debía ser natural; y el coche correo, que iba atestado de sacas de correspondencia, resultó también destrozado. Un viajero de tercera recibió un golpe atroz en la cabeza, producido por un paquete de mil cartas, y cayó sin sentido. Realmente, recibir mil cartas a la vez es para perder la cabeza. Pero, por fortuna, viajaba en el mixto un doctor en Medicina, que acudió en su auxilio, y calmó sus dolores haciéndole tomar un sello de bromato de potasa, aunque antes de recetar el medicamento dudase de que para mil cartas fuera suficiente un sello...

En la estación hablamos con el jefe, el cual nos dijo que, no estando bien definida la culpabilidad del maquinista, quedaba en libertad... Y añadió que en el espacio de dos horas quedaría también la vía *libre*, puesto que tampoco tenía la culpa...

En Mula fué enorme la ansiedad, porque la mayoría de los viajeros del mixto eran naturales de aquella población; y después de la catástrofe



ÉL. — ¡Pobre Alberto!... ¡Morir tan joven!... ¡Cómo estará la pobre!
ELLA. — ¡Ya, ya!... ¡Con lo mal que le sienta lo negro!...

NOTICIAS DE PROVINCIAS
Y DEL EXTRANJERO

se comentaban los esfuerzos y las influencias (incluso de La Cierva) que se habían puesto en juego cerca de las Compañías ferroviarias para que la trabajadora y sufrida Mula tuviese un ramal... — *Agencia Fabra.*



RIÑA ENTRE GITANOS. — *Sevilla, 15, 9 mañana.* — Anoche riñeron en la calle de las Serpes los gitanos José Luis Montoya y Manuel Cola.

La causa aparente de la disputa fué que José Luis Montoya se permitió formular algunas aseveraciones que perjudicaban el buen nombre de la madre de Manuel Cola; pero en el fondo de la cuestión parece que hay un motivo más serio, pues se dice que la esposa de Montoya se la estaba pegando con Cola desde el año pasado.

De la riña resultó este último herido de alguna consideración, y cayó de bruces a la entrada del teatro del Duque, cuyo empresario, maravilla-do, hizo saber al público que era la primera vez en tres años que tenía Cola ante las puertas de su teatro. — *El corresponsal.*



UN DESCUBRIMIENTO SENSACIONAL. — *París, 15, 1 tarde.* — El ilustre doctor M. Legrand Huassón acaba de dar cuenta a la Academia de Medicina de un descubrimiento sensacional. Parece que ha sido descubierto el microbio del callo, y, por consiguiente, se ha llegado a la conclusión de que el callo es una enfermedad contagiosa de extraordinaria virulencia.

Con este motivo se han recordado las epidemias de callos más importantes de la Historia, siendo uno de los sitios donde se presentan con más frecuencia los merenderos de los alrededores de Madrid. El microbio, que ha recibido el nombre de *bacillus pedes* (o, por abreviatura, simplemente *pedes*), se desarrolla en todas las temperaturas, y falta por descubrir si la presencia de los *pedes* es la que determina la formación de los callos, o si son los callos los que producen los *pedes*... Créese que es esto último.

Monsieur Legrand Huassón afirma que está cerca de encontrar el remedio para tan terrible enfermedad, y que, con su procedimiento curativo, antes de dos años no habrá nadie que padezca de los callos. Y aunque éste es todavía un secreto del doctor, estamos casi seguros de que su procedimiento consiste en declarar obligatorio el uso de las zapatillas de orillo.

Otras versiones afirman que se trata de una vacuna elaborada con jugos de ciertas plantas de la India, que, dada su eficacia contra el callo, se denominan en Asia *las plantas de los pies.* — *Agencia Americana.*



SINDICALISTA DETENIDO. — *Barcelona, 14 (recibido con retraso).* — El conocido y peligroso sindicalista Santiago Güell y Tortell ha sido detenido en una taberna de la calle de Ripoll y Bofarull en el momento en que se disponía a matar el gusanillo.

La presencia de los guardias impidió que se consumase el bárbaro atentado.

Al registrarle, se encontró en sus bolsillos una cantidad en metálico (setenta y cinco céntimos) y dos sellos de correo, todo lo cual declaró que le había sido remitido por la República de los Soviets de Rusia para la propaganda del bolcheviquismo en Cataluña, Valencia, Baleares y La Guindalera.

Se le ocuparon también una papeleta de empeño de una pistola *bull-dog* y varios documentos sediciosos, con los que parece que se pretendía provocar una huelga general de amas de cría.

La policía asegura que con esta detención, efectuada a las ocho de la mañana, quedaba definitivamente garantizada la tranquilidad en Barcelona hasta las ocho y cuarto, por lo menos. — *El corresponsal.*

Por la inserción de los telegramas,
ERNESTO POLO.



Dib. RIBAS. — Madrid.

no estará la pobre Elena!...
egrol...

HUMORISTAS CONTEMPORÁNEOS

EDUARDO THÖNY



Eduardo Thöny hubiese expuesto de un modo anónimo o con firma española en cualesquiera de nuestros Salones de Humoristas, primero cierto sector de la crítica, y luego los ingenuos panurgistas que compran en el periódico el derecho a opinar por pluma de ganso, se habrían indignado.

«Eso no es humorismo», dirían. «A mí déme usted caricaturas.» «Eso es un dibujo serio, una ilustración; pero no tiene gracia ni le hace a uno de reír.» Y así, hasta agotar los tópicos de la incomprensión, la estulticia o la mala fe.

Esto de la gracia y el hacer de reír lo consideran en España, y sólo para aplicarlo a los dibujantes españoles, como condición imprescindible unos cuantos señores y su gregario séquito. Si no se rien las tripas o no ven una cabezota deforme sobre un cuerpecillo desmedrado, consideran como un insulto personal que se les hable de humorismo. Pero se da el peregrino caso que esos mismos señores y el reducido número de papamoscas contagiados de su miopía emocional, se extasían y emboban frente a dibujos no deformativos ni grotescos, con tal de que los vean en revistas extranjeras o firmados por un nombre que no saben pronunciar. «Eso es humorismo.» «Esto tiene gracia e intención, cabayeros.» «Pero esto no lo hacen aquí.»

Claro que sí lo hacen, y a veces mejor; pero ellos se obstinan en negarlo, o, cuando más, se encogen de hombros, se llevan el índice al ojo y lanzan el último tópico de su guardarropa mental: «Eso está fusilado del *Makakenden Zeitungen Kunderbletter*.»

Supongamos que a los pocos días de figurar en cualesquiera de nuestros Salones de Humoristas unos dibujos de Thöny con nombre español o sin firma, les colocáramos al revés y con una cartelera que dijera su verdadero apellido debajo de un epígrafe en alemán de letras góticas. Entonces, inmediatamente vendría aquello del éxtasis y la boca en forma de o y el decir: «¡Vaya humorismo!»

En Alemania no ha necesitado Eduardo Thöny disfrazar su nacionalidad para ser considerado humorista, aunque dibuje en serio y no haga leyendas de retruécano. Así como Olaff Gulbranson puede representar de un modo concreto y definidor la tendencia de los humoristas estilizadores, Eduardo Thöny representa y resume la de los humoristas realistas.

Ambos se han formado y popularizado en las páginas del *Simplicissimus*, y entre ambos existe una abismal diferencia de técnica capaz de contener todas las diversas fases externas y todas las facetas ideológicas del humorismo.

Y ambos — mientras, por ejemplo, Teodoro Heine se rezaga y arcaiza — compiten con una maravillosa lozanía y un ímpetu extraordinario con los jóvenes, con los recién llegados por las rutas que ellos abrieron hace veinte o veinticinco años.

Thöny ha seguido fiel al *Simplicissimus*. Por serlo, incluso ha tropezado, sin sortearlos, en los mismos obstáculos que la gran revista satírica tropezara: obstáculos de rectificación, de apos-tasía, de insinceridad.

El *Simplicissimus* de hoy quiere ser ahora lo que fué antes de la guerra. Durante la guerra se olvidó de sí mismo, de sus procesos sensacionales por ataques al Emperador y a los elementos parasitarios del Imperio. Tenía un desenfado altivo y una audaz claridad. Los más terribles dibujos alemanes contra el militarismo prusiano, el farisaísmo político o religioso, contra el mismo Káiser, se han publicado en *Simplicissimus*.

La guerra ablandó las minas de los lapiceros, recortó los pinceles y aguazó la finta china. Eran los mismos artistas del periodo rebelde, y, sin embargo, sus sátiras resultaban pálidas, vacilantes, ambiguas o, lo que era mil veces peor, de una vulgaridad maciza de bebedor de cerveza y comedor de salchichas que no fuese más que eso, falto de la espiritualidad libérrima y generosa que otorga el arte a sus elegidos. Hemos olvidado al *Simplicissimus* de la guerra para pensar en el que fué antes y el que quiere ser después. Hagamos lo mismo con Eduardo Thöny.



Eduardo Thöny es un humorista que afronta la realidad cotidiana con ojos de pintor costumbrista. Con factura de pintor también. Sus dibujos están contruidos como apuntes del natural los unos, como cuadros los otros. Rara vez se sirve de la línea únicamente. Siempre utiliza la mancha. Prefiere los tarretes de la aguada al trazo fino de la pluma o al grueso del lápiz compuesto. Casi nunca deforma caricaturalmente sus modelos representativos. Las figuras de Thöny llevan en sí mismas la comicidad, la simpatía, la repulsión, como las personas que nos cruzamos a lo largo de la vida. No necesita exagerar los rasgos ni recurrir a detalles burlescos.

Es un observador implacable, a lo Forain, a lo Steinlen, a lo Bartolozzi. Menos áspero, menos cruel acaso que estos maestros latinos.

La primera época de Thöny está llena de mujeres galantes y de militares. Thöny tiene entonces veinticinco, treinta, treinta y cinco años. La edad de las aventuras amorosas y de los odios violentos.

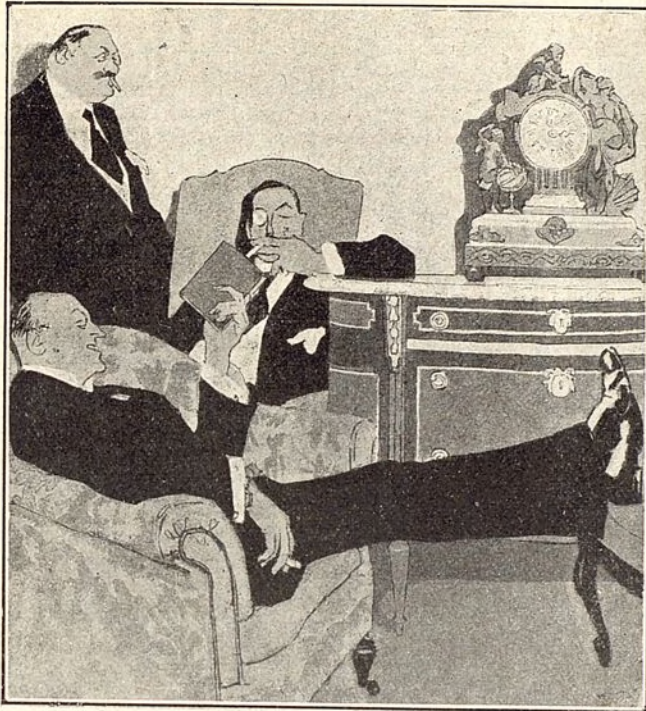
En *Simplicissimus* había otros dibujantes que trataran los temas antimilitaristas, las escenas de cuartel donde resaltaba el orgullo despótico de la oficialidad y la humillación



EL COCHERO, NUEVO RICO, Y LA «MANEQUIN»

— Esos arreos estarían bien para un caballo de carreras; pero no para un percherón como mi señora.





LITERATURA

— Siendo de Goethe o de Schiller, cualquier tontería está bien... Ahora, siendo una tontería de otro cualquier literato, es una idiotez.

dolorosa de los soldados. Recordemos, por ejemplo, a Bruno Paul, el implacable.

Pero no tenía competidores en los motivos de galantería, en los episodios de sensualidad. Eduardo Thöny firmaba a contrapágina de las sátiras políticas de Heine, de las regocijadas historietas y retratos caricaturescos de Wilke, Blix y Gulbranson, anécdotas de reservado, garzonera y restaurante nocturno. Cocotas empenachadas como caballos de carroza, o medio desnudas, en una intimidad de amorio clandestino; mozos guapos, de grandes bigotes rubios a la moda kaiseril, o viejos apopléticos, que no regatean el precio de las mentiras placenteras. Estos dibujos de Thöny daban al *Simplicissimus* una vaharada de indole voluptuosa. Allí, donde se decían terribles apóstrofes sociales o bonachonas eutrapelias, él hacía sonreír mujeres bonitas, bien vestidas, o a medio vestir, no menos bien. El humorista no debe respetar nada. Ni al amor.

Thöny se burlaba del amor; pero no daba a los epígrafes satíricos dibujo caricaturesco. Sus personajes femeninos podían contemplarse en un espejo sin pena y sin bochorno. Sus personajes masculinos también..., con algunas excepciones, naturalmente.

Tiene de su arte el concepto de los estampistas y grabadores franceses del XVIII galante. Una sonrisa espiritual,

una ironía sutil que no afean ni envilecen a la escena rubricada de este modo.

Los dibujos antimilitaristas ya eran más mordaces, más enconados, de una acentuada intención agresiva; la energía demolidora de los epígrafes parecía vibrar además en la rabia duelística de las formas. Aquellos dibujos han sido coleccionados en álbumes que no se olvidan fácilmente: *von Kadetten zum General, Der Leutnant, Gemitsche Gesellschaft*, y que en otro país le habrían llevado a su autor a los calabozos de una fortaleza...

No ha pasado el tiempo inútilmente sobre Eduardo Thöny y por su patria. Como Alemania, él se ha renovado. Están un poco lejos las aventuras fáciles y las cóleras antimilitaristas.

Eduardo Thöny, en la madurez de su vida, contempla las gentes y las ideas con más reposo. Construye sus dibujos con mayor maestría técnica. Son más sueltos, más ágiles, menos académicos — si alguna vez pudo hacersele el reproche de un academicismo frío — y más amplios de concepto ideológico.

No se confina en el aire viciado de las garzoneras y las alcobas de alquiler. Se asoma a todos los ambientes sociales y fustiga sobre todo a las muchedumbres acéfalas de la postguerra: los enriquecidos, los danzarines, los agiotistas, los falsos pastores, los arrivistas

COMUNISMO

— Si tuvieses dos casas, ¿me pertenecería una? — ¡Seguramente! — Si tuvieses dos caballos, ¿me darías uno? — ¡Naturalmente! — Si tuvieses dos cerdos, ¿me correspondería uno? — No; ¡porque éstos ya los tengo!

en nombre de estéticas nuevas. Y mientras las leyendas son agudas o cinglantes, los dibujos ostentan una palpación de imparcialidad y de naturalidad admirables.

Así lo resumen estos tres dibujos elegidos entre la serie de sus más recientes. Son tres aspectos de la nueva Alemania. El enriquecido, el aristócrata despojado de su uniforme militar, el comunista.

La psicología del nuevo rico es la misma en todos los países: procede de las más sórdidas profesiones. Seres ineducados, rapaces, violentos, sordos por la impaciencia de todos los pecados capitales. Thöny lo personifica en un cochero, y lo sitúa, para mayor contraste de grosería y elegancia, en el salón de exhibiciones de un gran modisto.

El *von* militar de ayer, es el *von* paísano de hoy. Cambia su indumento; pero su alma es la misma. Mientras se restaura el Imperio, ellos fuman ociosos en su Club. ¡Y se permiten hablar de literatura!

Por último, estos dos comunistas crasos, de brasería bien provista, simbolizan el punto vulnerable de las nuevas doctrinas. El comunista se encuentra siempre dispuesto a repartir los bienes ajenos; nunca los bienes propios. Sobre todo, el comunista alemán.

JOSÉ FRANCÉS.

CONTRA LA "CORRIENTE"

¡Maldito sea el fluido
que Volta nos ha traído!...
¡Maldita sea la pila
que aquel físico bolonio
del demonio
inventó con gran pupila!
¡Y maldito Leclanché,
que la inventó con quinqué!
Yo no sé
quién el indecente fué
que transformó, de repente,
en corriente
la electricidad estática,
que quieta era más simpática;
pero ¡muera el indecente
que nos trajo esa corriente
continua (e intermitente),
que nos deja
sin pizca de luz refleja
y en una continua queja,
con el semblante amarillo
y sin luz en el bolsillo!...
¡Vaya brillo!
¡Yo estoy harto:

la bombilla de mi cuarto
da el fulgor de una cerilla!...
(¡Qué tristeza en la Bombilla!)
(¡Si están así los Viveros,
caballeros,
se han lucido!)
¡Maldito sea el fluido
que Volta nos ha traído!...
Yo estoy echando las muelas
contra aquellos sabios lilas
que han inventado las pilas
para sacarnos las pelus.
¡Qué coraje!
¡Maldito sea al voltaje!...
¡Y el amperé, que nos hiere
y hace a nuestra bolsa ultraje!
¡Vaya amperé!
¡Si tu buena pasta quiere
pagar todos los que marca
el contador (¡fiera Parca!),
Dios te ampare o ¡Dios te amperé!
Yo, en verdad,
odio esta electricidad
que una Compañía avara

nos sirve tan mala y cara
en los presentes momentos,
y que pagamos contentos,
leyendo los contadores,
que, ¡oh señores!,
son contadores... de cuentos.
¡Por eso, lector paciente,
yo voy contra la corriente,
y si no saco más punta
a la poesía adjunta,
es, lector, porque he sabido
que a las puntas va el fluido,
y el fluido que a ésta acuda,
¡suerte ruda!,
me va a costar un sentido!
¡Maldito sea el fluido
que Volta nos ha traído!,
y que nos mata actualmente
con la escolta consiguiente
de impuestos y otras escoltas...
(¡Y es que no hay que darle VOLTAS:
esto es un robo corriente!)

LUIS DE TAPIA.



Dib. FRESNO. — Madrid.

— ¡Es extraño!... Acabamos de amputar la pierna a un auto cómico, y no ha dicho ni un chiste siquiera...



Dib. OCHOA. — Madrid.

PERPLEJIDADES

ÉL. — ¡Me ha sonreído!... Pero ¿cómo me atrevería yo a decirle que la amo?...

ELLA. — ¿Cómo me atrevería yo a decirle que se le ha soltado la corbata?...

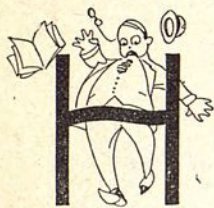


PELÍCULAS CASTIZAS

- ¡Rediez! ¿Qué pasa? ¡Qué bronca tan espantosa! ¿Esto es Annual?
— No, señor. Es a diario.

Dib. LÓPEZ RUBIO. — Madrid.

ADORNOS DE PORTAL



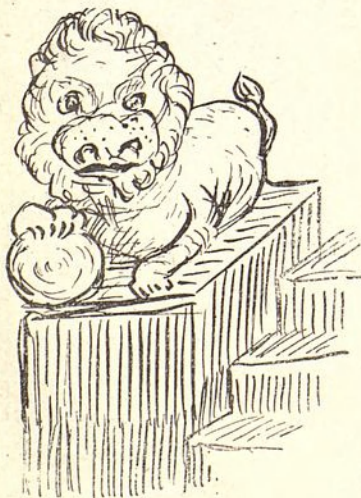
Hay portales que dan miedo de panteones. Yo no quise entrar nunca en casa de una vieja tía mía que vivía en una casa en que había dos figuras de mármol que frigorificaban todo el portal y toda la casa, resultando sus vecinos como una especie de seres de carne congelada.

— ¡No quiero!... ¡No quiero! — gritaba yo, agarrándome a las jambas; y no hubo medio de hacerme pasar por el portal de luz helada y con aquellas estatuas, que parecían proceder del cementerio de Don Juan. El arquitecto debía adornar los portales por dentro. Muchas veces, un portal estropea una casa y le da una antipatía pavorosa.

Los doctores deben pensar mucho en el portal que escogen, pues depende en gran parte su clientela de que el portal sea acogedor o no. Hay portales en los que se siente la muerte, o en los que se sospecha que el diagnóstico va a ser grave, y otros en que se presiente que la cuenta va a ser rigurosa, desproporcionada, cruel. ¡Cuántos enfermos se han vuelto de los portales amenazadores!

Los portales, que admiten todos los adornos posibles, tienen sólo tres o cuatro adornos típicos, tres o cuatro parejas de figuras, que se repiten en ellos a través de toda la ciudad.

Dos grandes leones blancos defienden muchos portales, como si los vecinos, lle-



nos de miedo, hubiesen escogido esos dos animales feroces para asustar al ladrón. Esas casas de leones blancos rentan sobre diez mil o doce mil pesetas anuales, y no tienen guardillas. Cuando hay un piso desalquilado en esas casas, el portero señala los leones a los que lo encuentran caro, y les dice:

— Pero ¡fíjense que tiene dos leones guardianes!

— ¡Es casa de portal con leones! — se dice en los gabinetes de la clase media, para señalar esas casas magníficas.

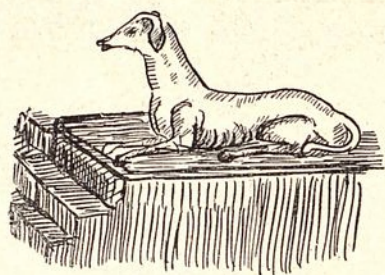
Otros portales tienen un par de trova-



dares o pajes, como guardia luminosa de un recinto, y soportan sus hachones con apostura gallarda y servicial. Son leales ayudantes de la casa, que atacan los nervios con su impasibilidad, pues siempre se les ve lo mismo, demasiado lo mismo, cuando son lámparas de un sitio en que debían tener las cosas más vida, y en que los pajes debían entrar y salir, pasearse por el portal, asomarse al umbral, y llevar sus antorchas a la funerala en caso de fallecimiento de alguno de sus vecinos. Su impasibilidad es irritante.

Los perros que adornan los portales son

BUEN HUMOR



muy variados: son el más variado de sus adornos. Hay unos que son perros mansos, que dan confianza al que pasa, porque siempre juega con ellos un niño en cueritátilis, y ni se impacientan, ni se mueven. Hay otros que son unos perrazos inmensos, grandes terranovas, que salvaron a la dueña de la casa, y que están dispuestos a salvar a cualquier vecino que corra igual peligro en el baño de su piso, pues esa casa de los terranovas tiene baño en todos los pisos. Hay otros que son unos galgos extraños, de hocico largo y de cuerpo también muy largo; perros monstruosos que hacen de la casa una casa de cazadores, que parecen tener esos dos perros en el portal como atributo del olfato que es necesario en la caza, resultando también que esos perros insensibles y quietos, por lo general gruñen con alegre y sutil gruñido cuando sienten que alguno de los cazadores de la vecindad vuelve de la cacería con el morral lleno.

Todos los perros de los portales, son perros fieles, enfocados hacia la calle, dispuestos a morder al vagabundo que se atreva a entrar. En esas casas los repartidores de los periódicos no se atreven a subir a los pisos, y dejan el periódico al portero. No están mal los perros en los portales, aunque tienen un aullido fúnebre, con esa blancura que los cubre, con ese tipo mausoleónico que los caracteriza.

Sólo unos perros de portal me han parecido nefastos, malagoreros y de presa: los perros de aquel portal del usurero elegante. ¡Ah!, pero me salvaron de hacer la operación de *a cadena perpetua*, pues con sus orejas puntiagudas, sus ojos fieros y su carlanca al cuello, me recordaron a la bestia terrible de la usura. Igual que de niño no quise penetrar en aquel portal con aire de entierro de niño de casa de mi tía, tampoco quise entrar en el portal del usurero facilitón.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

(Dibujos del escritor.)

HAY QUE PELAR AL NIÑO



YE, Braulio, ¿no te parece que el niño tiene por detrás unas melenas que no parece sino que le estamos criando para Merode?

— Deja al niño, que no es cosa de que le pongamos la cabeza como un queso de bola, y que, cuando vayamos con él, nos pregunte la gente a cómo despachamos el cuarto de kilo.

— Es que ya el pelo le hace aguas.

— Sí; pero son aguas menores, dada la edad que tiene la criatura.

— Pues te digo que hay que pelarle.

— Tocas al niño a la cabeza, y te has jugado a la taba la tuya.

— ¿Eres Landrú?

— Soy un padre que, después de haber visto cómo le has tomado el pelo durante varios años, no consiente que hagas lo propio con la progenie.

— ¿Has dicho progenie? ¡Me has *ma-tao!*

— Todavía no; pero la media melena de la criatura es un vale para el Este.

— O para el otro; a ver si me voy a asustar de tus cacareos. ¡Anda, niño, vamos a la peluquería!

¡Paf!; estalla una bofetada, ruedan los muebles, se oyen voces, y la portera, seguida de dos guardias — porque a veces hay casualidades —, irrumpen en la habitación.

Los vecinos, viendo a la *cancerbera* y a la autoridad entrar en el cuarto inmediato, interpretan aquello como un acto de violencia del casero, y sin pararse a reflexionar ni querer enterarse, se unen en violenta protesta, y al grito de «¡Muera don Heliodoro! ¡Que ahorquen al casero!», recorren toda la casa, bajan al patio, salen a la calle, y comienzan a destrozar todo lo que encuentran a su paso.

¡Para qué han querido más los habitantes de aquel barrio! Corre rápidamente la noticia por las calles inmediatas, y con ella va creciendo el motivo del alboroto: «¡Que no hay pan!» «¡Que han visto a Abd-el-Krim en la plaza de la Cebada!» «¡Que los guardias han asesinado a cuatro personas y dos picados de viruelas!» Total: que el motín popular estalla en todo su esplendor, que las autoridades tienen que adoptar severas medidas para reprimirlo, y que al caer la tarde la población es ocupada militarmente y declarado el estado de guerra.

Semejante cosa en un país eminentemente liberal y en el que se levantaron hace años barricadas por menos motivos, es de una gravedad extraordinaria, y el Gobierno, al acudir a las Cortes para dar cuenta de sus actos, se ve en un gravísimo aprieto.

¡Cómo están el salón de conferencias y

los pasillos del Congreso antes de abrirse la sesión en que se va a tratar de los sucesos! Los diputados se presentan apopléticos, rojos de ira, agresivos, y como si al entrar los ujieres fuesen dando a cada uno la correspondiente ración de vinagre. «¡Esto es intolerable!» «¡En ningún país del mundo ocurre esto!» «¡Ahora verá el Gobierno!»

¡Tanto como que lo ve! Apenas abierta la sesión, surge el debate acerca de los sucesos desarrollados, los ministros son increpados violentamente, alguien pide hasta la intervención extranjera, y tales vuelos alcanza todo aquello, que no se oye más que una voz general: «¡Dimisión!» Y el Gobierno cae, siendo esta solución perfectamente lógica. ¿Qué pensarían, allá, en sus tumbas, los hombres ilustres que lucharon por conquistar las libertades para el pueblo? ¿Cómo nos mirarian en los países extranjeros?

Cae el Gobierno, y, como es natural, a los ministros dimisionarios suceden otros que ofrecen garantías suficientes y que se apresuran a rectificar todo lo actuado por sus antecesores. En el primer Consejo que celebran tratan y estudian detenidamente el motivo de la crisis. El ministro de Hacienda expone la situación financiera; el de Estado, la internacional; el de Gobernación asegura que mantendrá el orden, y después de mucha deliberación, se acuerda tener muy presente lo que ha motivado el cambio ministerial y que una Comisión, compuesta de los ministros de Gracia y Justicia, Instrucción Pública y Guerra, visite al matrimonio que no pudo ponerse de acuerdo sobre el pelado de su hijo. ¡Hay que tomar precauciones, y prever es gobernar!

Cuando los autos oficiales se detienen ante la casa en que vive el niño de las melenas y los ministros descienden de ellos, la espectación es enorme.

— Señora, aquí tiene usted al Gobierno, que ha decidido enterarse del asunto que motivó la disputa entre ustedes.

— ¡Tanto honor!

— ¿Y el niño? ¿Se le ha pelado por fin? ¿Sigue ostentando todo el pelo que Dios le dió?

— ¿El niño? Con su padre ha salido. Tengo la seguridad de que no le ha llevado a pelar y, ¡ay de él como así sea!

— De modo, señora, que si el retoño vuelve con el pelo largo...

— ¡Hay una, que la del otro día fué una sencilla partida de buen humor!

— ¡Ca! — dijeron a una los ministros —. ¿Otro motín y otra crisis? ¡Antes declaramos el corte de pelo obligatorio y por real orden! ¡Señores, a los autos! ¿Qué edad tiene el niño?

— Siete años.

— ¡Ni una palabra más! ¡Salud, señora, y puede estar tranquila!

Los ministros regresaron precipitadamente, reuniéronse de nuevo en Consejo, se dieron las oportunas órdenes, y la policía comenzó a funcionar inmediatamente.

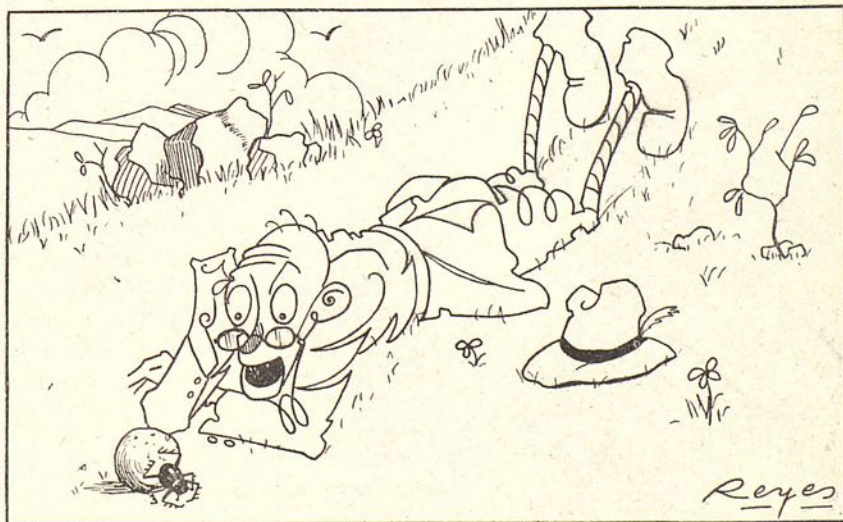
Al día siguiente los periódicos daban cuenta del suceso. Todos los niños de Madrid habían sido secuestrados durante dos horas, y al regresar a sus casas, ya en libertad, habían aparecido pelados con el doble cero.

¡Toda una generación tenía la cabeza como bolas de billar!

El Consejo de Ministros, en su reunión del día anterior, había acordado que otra crisis por el pelado de un niño, no. Así, pelando a todos, no cabía duda que entre ellos estaría el promotor del disgusto.

Herodes era el inspirador del programa político de aquel Ministerio.

A. R. BONNAT



Dib. REYES. — Madrid.

— ¡Ahora comprendo la formación del mundo!...

UN NIÑO "BIEN"



UÉ bendición de matrimonio! Doña Exuperancia, la esposa, era una dama de opulentas carnes, excelsas y claras virtudes, y un espejo de finura y corte-sía, sólo comparable a la de su conyuge, don Efigenio, que a tales extremos de buena

educación llegaba, que en cierta ocasión se sabe pidió perdón a la inmaculada pechera de su camisa, la cual, al beber, manchó con una gota de vino.

Solamente era turbada tanta felicidad por un único deseo: ¡un hijo! No piensen ustedes que el matrimonio carecía de ellos, ¡ni mucho menos! fieles cumplidores con sus deberes de ciudadanía, maternidad y paternidad, habían traído al mundo (per-mítase la imagen *poética!*) tantos como por la vía legal les correspondían a sus

años de servicio matrimonial; total, nueve, de los cuales sólo tres continuaban por este valle de La Cierva y Abd-el-Krim.

— ¡Un hijo! ¡Un hijo que llegue a ser un modelo de buena educación, Señor! — clamaban noche y día doña Exuperancia y don Efigenio, porque, ¡oh dolor!, los angelitos no poseían las cualidades propias de sus tñernos años, sino que añadían detalles: hacer columpios con los portieres, utilizar como aeroplano la lámpara del comedor,



extraer el pelote de los sillones para alimentar los guisos, hacer la traqueotomía a las gomas de los irrigadores, y otras mil lindezas que amenizaban con un vocabulario que cualquier carretero en libertad hubiera vacilado en poner en circulación.

— ¡Señor — pedían día y noche (antes creio haber dicho noche y día) doña Exuperancia y don Efigenio —, un niño que sea digno sucesor de nuestra estirpe urbanizadora!

Y llegó. Llegó el décimo..., y salió premiado. Vino el angelito de cabeza, demostrando ya en esto sus deseos de no meter la pata, y hasta en su llanto, dulce y armonioso, parecía querer decir: «¡Perdona, mamá, si te hice sufrir!»

Al año andaba solo, a los doce meses hablaba, y a los dos años no envidiaba en fineza y exquisitez a una crónica de *Montecristo* o de *León Boyd*. Jamás salió de su

boca palabra malsonante: era la finura elevada al cubo.

Sólo una cosa no pudo conseguir doña Exuperancia: que el niño dejase de mamar.

— ¡Juanito, hijo de mi alma!, ¿por qué no pruebas a comer solo?

— ¡Mamá, no te enfades, no te contraries, yo te lo ruego; pero no me suprimas el régimen lácteo! — contestaba el angelito.

Y así un día y otro, y Juanito seguía chupando.

Una mañana volvían a casa la mamá y el niño en un tranvía de los Cuatro Caminos. Llevaba doña Exuperancia sentado a Juanito sobre sus rodillas (aquí los historiadores no precisan si se imponía el amor maternal o el deseo de no pagar el billete; pero no divaguemos), y, sintiendo el niño ciertas inquietudes estomacales, expuso a la mamá su deseo de verlas satisfechas.

— ¡Hijo mío, aquí, en el tranvía; espera un poquito, ya llegamos a casa!

Juanito insistía, su cara comenzaba a dibujar un gesto de angustia, y por la mente de la madre pasó la idea terrible. ¡Acaso aquella necesidad no satisfecha a tiempo fuese la causa de una enfermedad! ¡Nunca! Y la madre completamente espartana surgió..., y surgió también bajo el abrigo de doña Exuperancia, ante el asombro de los viajeros, un espléndido, exuberante, turgente y redondo (¿queda algo?) seno, que el niño miró con ansia contenida. Ya iban sus labios a tocar el *ánfora*, cuando..., ¡oh poder de la buena educación!, volviéndose rápido y con la más delicada de sus sonrisas, con los matices más bellos de su voz, dijo a sus compañeros de viaje:

— ¡Señores! ¿Ustedes gustan?

José ROBLEDANO.

(Texto y dibujo.)

POESÍA FESTIVA

Es Circuncisión San Pedro
una chica como un sol,
por la que siente mi alma
verdadera Adoración.
Tiene la muchacha un Corpus,
digo, un cuerpo, de mistó,
y desde que la conozco,
grabada en el corazón
llevo su imagen Purísima
y ya no sé ni quién soy.
La conocí en San José
rezando con gran fervor
un Miércoles de Ceniza,
y al verla tan guapa, yo
dije: ¡Santiago, y a ella!,
pues se coló en mi interior
de tal manera, que el viernes
la expuse mi pretensión,
y la hablé de mis dolores,
de mi pena y de mi amor.
Ella quedó en contestarme,
y yo, temiéndome un no,
pasé un Viernes de Dolores
y zozobras, superior.
Mas, cuando llegó el domingo,
mi pasión correspondió
con su pasión amorosa.
¡Qué Domingo de Pasión!
Hace días estuvimos
toda la noche los dos
charlando de mil proyectos,
y yo te juro, lector,
que pasé una Nochebuena
en dulce conversación,
sin cogerla ni un pellizco,
porque somos ella y yo



LAS INGENUAS Dib. URIBE.—Madrid.

— Di, Rosita, ¿soy yo tu primer novio?

— Sí, hombre, sí. ¿En qué consistirá que todos me preguntan lo mismo?

unos Santos Inocentes
y temerosos de Dios.
Pero el padre lo ha sabido,
y es un hombre tan feroz,
que me atizará Candela;
y la ha jurado, ¡qué horror!,
que va a hacer un Dos de Mayo
si la coge en el balcón;
y la verdad, caballeros,
yo desde entonces estoy
más triste que un Jueves Santo,
que el padre es la Encarnación
del salvajismo, aunque engaña,
porque tiene el buen señor
una carita de Pascua
que da un timo al mismo Dios.
Para alcanzar la victoria
tengo un plan muy superior,
que es fugarme con la chica
en cuanto haya una ocasión,
que espero que llegue pronto,
pues, según me han dicho hoy,
va a ensayar un dirigible
el padre, que es inventor,
y en cuanto que se remonte,
hay fuga sin remisión.
Por eso a Todos los Santos
desde hoy a pedirles voy
que no se retrase mucho
El Día de la Ascensión.

DOMINGO DE RAMOS.

Por la co:ia,

ISIDRO DE MADRID.

P. D. — Dirán de esta poesía que carece de interés y que es una tontería; pero festiva, lo es.

DEL BUEN HUMOR AJENO

LA REPENTINA Y SORPRENDENTE SUERTE DE JULIO POTICHE, por Max y Alex Fischer.



Trozos de una carta dirigida el 5 de agosto último por la señora Julieta Potiche a su más íntima amiga.

Hôtel de la Vanne Rouge. — Montigny-sur-Loing.

... Sí, has acertado, querida mía: mi marido y yo no estamos aquí solos. Gastón Figeac, ese joven rubio que has conocido en casa estos últimos días y que es compañero de Julio en el Ministerio del Trabajo, ha venido (¡por casualidad!) a pasar el verano en Montigny-sur-Loing.

... ¡Pobre Gastón!... ¡Hubiéramos sido muy desgraciados de tener que estar separados toda la temporada!...

Te equivocas al decirme que debo pasar aquí momentos deliciosos. No; no tengo esos felices momentos que tú te figuras.

Como no tiene otra cosa que hacer, mi marido no nos deja solos un instante.



Trozos de una carta dirigida el 10 de agosto último por el señor Gastón Figeac a su más íntimo amigo.

Hôtel de la Vanne Rouge. — Montigny-sur-Loing.

... Creo haberte dicho, querido amigo, que todas las tardes, desde el día de nuestra llegada a Montigny-sur-Loing, mi Julieta, su marido y yo damos un gran paseo a pie.

... A causa de la inevitable presencia de Julio Potiche, que nos obliga a Liette y a mí a

ser prudentes, este paseo carece de encantos.

Esta tarde, sin embargo, estoy muy contento: por excepción, nuestro paseo de tarde ha sido más afortunado. Esto se debe a un acontecimiento inesperado ocurrido poco después de salir del hotel: Julio se ha encontrado una peseta. ¿No comprendes por qué este pequeño incidente ha podido influir tan felizmente en nuestro paseo?

Un hombre cualquiera — tú, yo, cualquier otro — que se pasea en compañía de su mujer y de un amigo, mira a su mujer, mira al amigo. De pronto, mirando por casualidad a sus pies, encuentra una peseta, y, a partir de ese instante, el hombre espera que la suerte vuelva a repetirse, y no deja de mirar al suelo. Y eso es todo. Julio, desde que ha encontrado una peseta, sólo piensa en encontrar otra.

Resultado: Liette y yo — que ordinariamente no nos atrevemos ni a mirarnos en su presencia —, aprovechando

que Julio mira más al camino que a nosotros, hemos podido, sin peligro, darnos la mano, murmurar calladas promesas de amor, y hasta, en una vuelta del camino, darnos un rápido beso furtivo.

¡Oh! ¡Si Julio se encontrase una peseta todos los días al principio del paseo!...



Trozos de una carta dirigida el 22 de agosto último por el señor Julio Potiche a su más íntimo amigo.

Hôtel de la Vanne Rouge. — Montigny-sur-Loing.

... Después de haberte contado las últimas noticias, no quiero terminar esta carta sin contarte una cosa extraordinaria.

Hace veinte años que me conoces, y sabes que yo no he sido, generalmente, un hombre afortunado; y figúrate, amigo mío, que desde algún tiempo a esta parte tengo una suerte loca, una suerte extraordinaria.

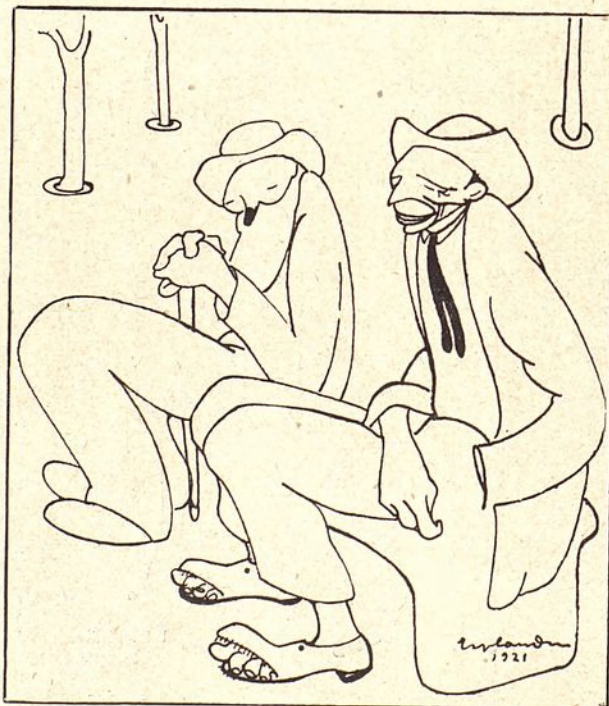
Es el caso que desde hace doce días, desde el día 10, no doy un paso sin encontrarme dinero.

La primera vez fué una peseta; después, sólo diez céntimos; más tarde, una pieza de veinticinco; y otras veces, monedas de dos pesetas, y aun de cinco. Pero, puedes creerme, no hay día que salga del hotel sin encontrarme dinero y volver más rico de lo que era.

Y lo más raro es que ni Liette ni el buen Figeac se encuentran nada.

Te lo repito: es una suerte sorprendente. Te aseguro que si esto no fuera tan inverosímil, tan imbécil suponerlo, juraría que todos los días viene alguien delante de nosotros tirando dinero para mí.

A. R.



Dib. ESPLANDIÚ. — Madrid.

— Yo he roto con la sociedad, he roto con la familia, he roto...

— Los zapatos, amigo, los zapatos...

**CORRESPONDENCIA
MUY PARTICULAR**

J. B. P. Madrid. — Usted perdone; pero no sirve.

E. G. Valencia. — Publicaremos dos de sus dibujos; pero no se impaciente usted si no van en seguida, pues tenemos mucho original en cartera y seguimos rigurosamente el turno de antigüedad. Aquí no hay ascensos por el turno de favor.

Fidelfino. Madrid. — Leíamos con verdadero entusiasmo su *Epístola*, dispuestos a mandarla a las cajas, cuando tropezamos con aquello de

«¡Olle cómo te canto,
voluble Eliodora,
para mi alma reluciente aurora!»

y no pudimos seguir: emocionados, confundimos el camino, y en vez de mandarla a las cajas, la mandamos al cesto.

R. B. Madrid. — Muy bien. Se publicarán.

A. C. A. Madrid. — ¡De dónde ha sacado usted que tenemos abierto un concurso de portadas?

J. P. Oviedo. — ¡Otro! Los concursos que anunciamos son de novelas humorísticas y de historietas. Hasta ahora no hemos dicho nada de concurso de chistes.

A. de las B. Madrid. — Está muy bien; pero fíjese en que no es ese el tono de nuestro periódico.

Artagús. Madrid. — Tenemos en cartera ochenta y cuatro dibujos con ese mismo asunto, comentado de ochenta y cuatro maneras distintas. ¡Figúrese usted los dibujos que habremos rechazado ya, antes de recibir el suyo!

E. R. Madrid.

«Cuando llega la noche
y a la cuadra regreso...»

¡Que usted descanse, amigo!

F. R. Madrid. — Su triptico está bien; pero no encaja en nuestro semanario.

Los números atrasados de
BUEN HUMOR se hallan de
venta en el puesto del Bar Sol,
esquina a la calle de Carretas.

Godínez. Carabanchel. — Las tres historietas son flojitas, y sus tres dibujos también. Y es lástima, pues hay algún chiste aprovechable.

Elgoibar' tar bat. Madrid. — Usted, en cambio, nos manda un dibujo que no está mal, acompañado de un chiste inocentísimo. Y es lástima también no poder publicarlo.

Cándido. Madrid. — ¡Optimismo se necesita, amigo Cándido, para suponer publicable ese chistecito!

M. H. Barcelona. — *Pintamonas. Tala-*

vera. — *J. F. C., H. G. y N. Madrid.* — No sirven.

R. A. Madrid. — Muy flojito. No sirve.
Fedgaldó. Madrid. — Publicaremos alguno.

M. S. Madrid. — Eso de que la criada sea «Un ser algo sensual, que gana treinta reales», nos ha dejado un poco turulatos. ¿Dónde encuentra usted, a estas alturas, criadas tan económicas? Porque nosotros estamos locos buscando una decentita, y no la encontramos que quiera ganar menos de cinco duros. ¿Influirá en el precio la cantidad de sensualidad? Ya nos dirá usted lo que hay de esto. ¡Ah!, *ha no es a, ¿eh?*

G. C. Madrid. — Ya habrá usted visto nuestra buena disposición para con sus dibujos. La manera suya está bien para una sola vez. Otro golpe de *triangulación* sería fatal. El estilo de su historietita nos satisfacía más como tal estilo, que el de sus monos sueltos; pero allá usted.

Alfaraz. — Fonseca. — Celipe y L. R. Madrid. — M. O. Colmenar. J. R. O. (?). Sentimos muchísimo rechazar sus trabajos; pero por más esfuerzos que hacemos, no nos convencen.

Bluff. Madrid. — P. A. Zaragoza. — Las historietas de ustedes nos gustan un poquito; con algo más que aprieten ustedes, verán complacidos sus deseos de verlas publicadas.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID



LA RUBIA. — ¡Ojalá pudiera yo comprarme también un sombrero para el baile!
LA MORENA. — Haz lo que yo. Pídelo a una tienda para probártelo, y lo devuelves al día siguiente.

(De GIBSON, en Life. — Nueva York.)



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.



Concursos de BUEN HUMOR

Buen Humor, que aspira a ser la primera revista satírica de España y cuenta entre su colaboración literaria y artística a los escritores y dibujantes humorísticos más ilustres, no quiere limitar su eficacia a ese brillante grupo de novelistas, cronistas, poetas, caricaturistas y dibujantes, cuyas firmas habrán de avalorar asiduamente nuestras páginas.

Buen Humor desea contribuir a la revelación de nuevos valores hoy inéditos y procurar que el humorismo español, de tan gloriosa tradición, se amplíe y magnifique.

Buen Humor anuncia, por lo tanto, los siguientes concursos:

NOVELAS HUMORÍSTICAS

BASES

A) El concurso queda abierto desde el día de la fecha, y se cerrará el día 31 de enero de 1922, a las seis de la tarde.

B) Los originales tendrán una extensión mínima de setenta y cinco y máxima de cien cuartillas de tamaño corriente, escritas a máquina y por una sola cara.

C) Los originales se firmarán con un seudónimo o lema y se acompañarán de un sobre cerrado que contenga el nombre, apellidos y domicilio del concursante.

D) Un Jurado competente, cuyos nombres se harán públicos en el número de **Buen Humor** inmediato a la fecha de clausura, concederá el premio de

QUINIENTAS PESETAS

a la mejor

NOVELA HUMORÍSTICA

proponiendo a la Dirección de **Buen Humor** aquellas otras que considere recomendables para su publicación.

E) La Dirección de **Buen Humor** se reserva el derecho de adquirir dichas novelas, siendo condición indispensable para ello que revelen por escrito sus nombres y su asentimiento los autores respectivos, con arreglo a la lista de lemas recomendados.

F) La novela humorística premiada y las adquiridas se publicarán en varios números sucesivos de **Buen Humor**, ilustradas por notables caricaturistas.

G) Las obras no premiadas deberán ser recogidas de la Redacción de **Buen Humor** a partir del día siguiente de la publicación del fallo del Jurado en esta Revista y dentro del mes de febrero de 1922. Expirado este plazo, la Empresa no responde de los originales.

H) El fallo del Jurado será inapelable, y el mero hecho de concurrir supone en los concursantes su asentimiento y respeto a las anteriores bases.

HISTORIETAS

BASES

A) Las historietas habrán de ser originales, y el artista tendrá absoluta libertad para la elección de asunto y para su desarrollo, pero no se publicarán las groseras o de mal gusto.

B) No se limita el número de viñetas, pero habrá de tenerse en cuenta que cada una de las historietas ha de ser publicada en una sola plana de **Buen Humor**.

C) Los originales vendrán dibujados a la línea o a la mancha, sobre cartulina blanca y firmados con nombre o seudónimo. Se acompañará con cada original un sobre cerrado conteniendo el nombre del autor y su domicilio.

D) Desde la fecha hasta el 31 de enero del año próximo, se admitirán los originales en la Redacción de **Buen Humor**.

E) La Dirección de **Buen Humor** publicará por orden de entrega las historietas recibidas y admitidas, abonando por cada una de las publicadas la cantidad de cincuenta pesetas.

F) Una vez publicadas todas las historietas presentadas dentro del plazo indicado, durante un mes **Buen Humor** publicará un cupón para que todo lector de nuestro semanario vote la historieta que mejor le haya parecido.

G) El autor de la historieta que resulte con mayor número de sufragios percibirá el premio único, consistente en doscientas pesetas.

H) Semanalmente y en la sección de «Correspondencia» daremos cuenta de las historietas admitidas o rechazadas.





Dibujo de LINAGE. De nuestro concurso de carteles.